

Ornaban el altar vasos diversos  
De extraño esmalte y peregrina forma,  
Con siemprevivas, juncias, brezo y yerbas,  
Que el rigor invernal no descolora.

A un lado y otro en sendos braserillos  
Humo apacible y delicioso aroma  
Quemadas esparcian por el aire  
Ramas de enebro y escogidas gomas.

Enfrente del altar, arrodillado  
En medio de la ermita, el alma toda  
Embebida en las santas oraciones  
Que entonaba con voz clara y sonora,

Fijos los ojos en la sacra imágen  
Con expresion sublime, y las rugosas  
Manos puestas en cruz, absorto estaba  
El solitario. Augusta su persona,

Y larga era su edad, noble su rostro,  
Tranquilo y venerable. En blancas ondas  
Su barba y sus cabellos descendian,  
Y una túnica blanca y una estola

Eran su traje. Sus fervientes rezos  
Ni el rumor de la puerta, ni á tal hora  
La entrada de un incógnito turbaron,  
Pues ni áun volvió la faz. Todo lo nota

Velazquez, y embargado de respeto,  
Quédase en el umbral, y calla, y dobla  
Ambas rodillas, la cabeza inclina,  
Del acerado almete la despoja,

Y cruzando los brazos sobre el pecho  
Con humilde actitud en él impropia,  
Lucha con los terrores y esperanzas  
Que en su confusa mente se amontonan.

Era Ildovaldo el nombre que se daba  
El santo anacoreta; mas su historia  
Desconocida casi, aunque en el vulgo  
Fábulas, entre sí contradictorias

Y llenas de portentos ó milagros,  
Se refriesen de él. Eran notorias  
Su alta sangre, y su cuna en Lombardía.  
Por qué empero dejó su patria propia,

Y cuáles desengaños le trajeron  
A aquella vida solitaria, cosas  
Fueron siempre escondidas. Vino á España,  
A Castilla y á Burgos desde Roma,



Cuando dejaron huérfana la Iglesia  
Las sacrilegas tramas de Marozzia;  
Y aunque solo llegó, consigo trajo  
Grandes riquezas y soberbias joyas.

Recibióle en su casa el Arzobispo  
Con altas muestras de respeto y honra,  
Y ambos tuvieron conferencias largas  
De gran secreto y traza misteriosa;

Y aunque de Burgos la atencion llamaron,  
La de don Sancho, de la corte toda,  
Y de Velazquez mismo, impenetrables  
Quedaron y escondidas entre sombras.

Vivió Ildovaldo pues en el palacio  
Arzobispal, y en gran retiro: á pocas  
Semanas, en el monte aquella ermita  
Trazó por sí y edificó á su costa;

Y establecido en ella, repartiendo  
Antes grandes riquezas en limosnas,  
Renunció al mundo, y consagróse todo  
A ejemplar vida, penitente y sola.

No tornó más á Burgos: en las granjas,  
Altos palacios, miserables chozas,  
Aldeas y alquerías del contorno  
Se le vió raras veces; y las pocas

Que en tales sitios se mostró, fué siempre  
A ser iris de paz en las discordias  
Domésticas, auxilio en un incendio,  
O consuelo de angustias y congojas.

Era grande su ciencia y su doctrina,  
Sólida su virtud, conmovedora  
Su elocuencia, y ardiente y extremada  
Su caridad. Tal vez de la redonda

Solian concurrir los labradores,  
Y en torno de él, á la apacible sombra  
De algun árbol del bosque, ó en la ermita  
Recibir embebidos de su boca

La palabra de Dios. Y tal respeto,  
Tanta veneracion lograba en toda  
La comarca, tal fama y santo nombre  
En Castilla tambien, que áun hubo locas

Ambiciones, que osaron un apoyo  
Buscar en su influencia poderosa;  
Pero el anacoreta, sin airarse  
Contra tales propuestas, desechólas,

Mostrando, que el varon que el siglo deja,  
Y que renuncia á las mundanas pompas,  
Profesando en la vida retirada  
La penitencia y prácticas devotas;

A los hombres y á Dios engaña, rompe  
Sus votos y en demonio se trasforma,  
En cuanto parte en cosas de este mundo,  
Y en las pasiones de la tierra toma.

Tal era el venerable penitente,  
A cuyo umbral postrada la persona,  
Más soberbia y audaz que vió Castilla,  
Ni respirar, ni alzar los ojos osa.

Acabó sus maitines Ildovaldo,  
Quedó inmoble un momento, con la boca  
Selló la tierra, santiguóse, y luégo  
Se alzó, y con faz tranquila y voz melosa,

«La paz de Dios en vuestro pecho sea,»  
Dijo vuelto hácia el huésped. «¿A estas horas,  
Hermano, qué buskais en mi retiro?»  
A su acento Velazquez se recobra,

Y en pié se pone, mas turbado calla.  
El solitario continuó: «¿Las sombras  
Espesas de la noche os han borrado  
Las sendas, los caminos y las trochas,

»Y perdido vagais por la montaña?...  
Aquí hallareis descanso hasta la aurora,  
Y con la nueva luz vuestro camino  
Volvereis á encontrar... Mas si tan corta

»Detencion os molesta, en el momento  
Yo, que conozco las veredas todas  
De esta comarca, os serviré de guía.»  
Velazquez, cuya mente estaba absorta

Imaginando cómo sus temores,  
A tal varon, sus ansias y zozobras  
Referir, y empeñarle á que á los cielos  
En su favor arranque la victoria

Del tremendo combate, no responde.  
El ermitaño, que en su frente nota  
La terrible inquietud que lo domina,  
La turbacion y espanto que lo agobian,

Un instante lo observa en gran silencio,  
Y así con interés á hablarle torna:  
«Sí, forajidos hay en estos montes,  
Fieras tambien que al caminante acosan;

»Tal vez la insana furia de los unos  
Y la voraz audacia de las otras  
A buscar este asilo os compelieron;  
Y á él, hermano, llegasteis en buen hora.

»Seguro estais aquí, bajo el amparo  
De la que de luceros se corona,  
Y cuya planta la feroz cabeza  
Del dragon infernal quebranta y postra.»

Rompió entónces Velazquez el silencio  
Que han menester alivio sus congojas,  
Y como á su pesar, «¡Oh padre! dice,  
No de bandidos, ni de fieras torvas

»Huyendo vine aquí; sí de fantasmas,  
De terribles espectros que me asombran  
Y persiguen doquier... Del cielo airado...  
De una suerte infeliz y desastrosa...

»Y de mí, de mí mismo.»—Aquí atajóle  
Un helado temblor. Pero le toma  
La mano, y se la aprieta el penitente,  
Y en caridad ardiendo su alma toda,

Le anima de esta suerte: «Si infortunios,  
Si de este valle de dolor agobian  
Vuestro pecho infelice las desdichas,  
En buen puerto os hallais. Consoladora

»La Madre de Dios es del afligido,  
Fuente de celestial misericordia.  
Postraos, pedidle su favor, y al punto  
Su favor obtendreis. Nunca lo implora

»El pecador en vano.»—Rui-Velazquez  
Fuerzas y aliento de repente cobra:  
Con ambas manos á su pecho aprieta  
La de Ildovaldo trémula y rugosa,

Clava los ojos en la santa imágen,  
Y exclama en ronca voz: «Si la victoria  
Me concede mañana, yo hago voto  
De tornar esta ermita, á toda costa,

»En magnífico templo, cuyas torres  
Allá en las nubes su remate escondan.  
Jaspe y bronce serán los ricos muros,  
De cedro las techumbres: cien antorchas,

»En blandones de plata, noche y día  
Reflejarán sobre las ricas joyas  
Del ara santa. Veinte capellanes,  
Y á su cabeza vos, dueño de todas

»Mis riquezas, señor de mis estados,  
Al culto de tan alta protectora  
Consagrarán...»—«¡Callad, basta, infelice!!!»  
Diciendo, el voto del malvado corta

Con firme voz el santo anacoreta:  
«Basta, no blasfemeis. ¡Qué! ¿se soborna  
Por ventura á la Reina de los cielos,  
Y su divina proteccion se compra?

»Las ofertas, los dones, de este mundo  
La vanidad y fugitivas pompas,  
Arrastran á los míseros mortales;  
Mas de la Omnipotencia nada logran.

»Un corazon sin mancha, una alma pura  
Son su altar y su templo: buenas obras,  
Y caridad, y rectas intenciones  
Son su culto mejor. Las voces solas

»Que desarman el brazo de sus iras,  
Que abren la celestial misericordia,  
Son la del pecador arrepentido  
Y la de la inocencia candorosa.»

A medida que hablaba el penitente,  
Todo su aspecto, sus facciones todas  
Cobraban tal grandeza y fuego santo,  
Que era ya más que humana su persona;

Un verdadero apóstol, un profeta.  
Al par oscuras, infernales sombras  
Ofuscaban el rostro de Velazquez,  
Lívido y cadavérico, la copia

De un criminal convicto presentando,  
Que su sentencia escucha. En cuanto nota  
Su abatimiento el santo solitario,  
El celo y voz enérgica reporta

Con caridad cristiana, y otro giro,  
Otro ademan más compasivo toma,  
Prosiguiendo: «Sí, hermano; nadie, nadie  
En el seno de Dios eterno logra

»Acogida más tierna que el contrito.  
Un gemido, una lágrima tan sola  
De sincero dolor al juez airado  
En padre amorosísimo trasforma.

»El pecador, por pecador que sea,  
Seguro está de hallar misericordia;  
Pero ¡ay, si se descuida! vuela el tiempo,  
Frágil es nuestra vida, y harto corta.

»No hay momento seguro: hermano mio,  
Acudid al Señor... Si es que os agobia  
El peso de la culpa, alzad al cielo  
Vuestra alma arrepentida: al punto todas

»Vuestras penas vereis dulcificadas;  
Sea cual fuere el conflicto que acongoja  
Vuestro pecho, pedidle á Dios ayuda,  
Os la dará amoroso... ¿La victoria

»De una lid pretendéis?—Sí, padre mio,  
Velazquez le responde: la victoria  
De una batalla horrible, de un combate,  
En que no sólo va la fama y honra,

»Sino tambien condenacion eterna...  
Sí, que es prueba de sangre, en que notoria  
Ha de quedar del cielo...» Aquí embargóse  
Su voz. Apresurada y anhelosa

La de Ildovaldo continuó: «¿Sin duda  
Al aceptarlo, ni la más remota  
Sospecha, ni el escrúpulo más leve  
Os quedó de si estaban triunfadoras

»La razon y justicia á vuestro lado?—  
¡Razon!!!... ¡Justicia!!!» repitió la boca  
De Velazquez helada, cual repite  
El eco oscuro en las cavernas hondas

Los gritos del pastor. Y el potentado,  
El guerreador, el fuerte, el que de roca  
Tiene su corazon, el que de hierro  
Vestido y con espada cortadora

En la cinta se muestra; confundido  
Tiembla, duda, anonádase, y se apoya  
Sobre el anciano débil, desarmado,  
Pacífico y humilde; heladas gotas

De sudor, no de lágrimas, mojando  
La blanca barba y la bendita estola  
Del solitario, que afligido calla,  
De una torre que se abre y se desploma,

Frágil puntal. Despues de algun momento  
Ildovaldo piadoso junta todas  
Sus fuerzas, á su huésped en los brazos  
Mueve, sobre un escaño lo acomoda.

Socórrelo solícito, lo anima,  
Que al cabo cobre sus sentidos logra,  
Y con tal caridad le habla y consuela,  
Y con tan dulce persuasion le exhorta,

Que en un momento de expansion Velazquez  
Le abre su pecho, y la infernal historia  
De sus odios y bárbaras venganzas,  
Y del reto aceptado que lo ahoga,

Con terror tan horrendo le refiere,  
Como al médico docto, en quien coloca  
Su esperanza final, cuenta el doliente  
Su aguda enfermedad hora por hora.

Si exacta fué la relacion prolija,  
Si confesó las circunstancias todas  
De sus tramas atroces, Dios lo sabe:  
¿Pues quién de tanta ingenuidad blasona

Que no disculpe ó palie sus delitos,  
Cuando la acusacion emprende propia?  
Con horror y con lástima escuchóle  
El pálido ermitaño; y la espantosa

Confesion terminada, así prorumpe:  
«¡Cuán grande es la eternal misericordia!  
¡Ay, cuán grande es con vós, hermano mio!  
Tras tan largo esperar no proporciona

»A todos tantos medios de reparo:  
No los desperdiciéis. Una victoria  
Pedís á Dios, y Dios está dispuesto  
A daros una tan cumplida y pronta,

»Tan grande, tan magnífica, que os haga  
Del orbe absorto admiracion y norma,  
Un astro refulgente de los cielos,  
Un potentado excelso de la gloria.

»¡Oh cuán felice sois!... Hollad la senda;  
Despreciable barrera el paso os corta.  
Arrostradla, lidiad... vuestro es el triunfo,  
Con él os brinda el cielo á poca costa.»

Velazquez, confundido y enfangado  
En el cieno del mundo, no remonta  
Su alma precita á comprender tan altas,  
Magnificas ofertas, como brotan

Del inspirado labio. Sólo en ellas  
Halla de sus pasiones la lisonja.  
Y con vehemencia, «¡Oh padre! le interrumpe,  
Pues tan segura tengo la victoria,

»¿Qué debo hacer?... Decid... Mis pasos guie  
De vuestra santidad la clara antorcha.»  
Contestó el ermitaño: «¿Qué?... un cristiano  
Que ha confesado ya sus culpas todas,

»Que demanda piedad al santo cielo,  
Y que á la Virgen sin mancha toma  
Por escudo y amparo; ¿lo que puede,  
Lo que tan sólo hacer le es dado, ignora?

»Volad, que urge ya el tiempo: de ese anciano,  
De ese anciano inocente, en quien rabiosa  
Se cebó vuestra furia; á quien robasteis  
Hijos, felicidad, fortuna y honra,

»Arrojaos á las plantas, y pedidle  
Perdon: os lo dará. Tal vez piadosa  
La mano del Señor guardó su vida,  
Para que os dé perdon. Id; sin demora

»Luégo al mundo anunciad, que es inocente  
Vuestro enemigo, porque tenga pronta  
Reparacion completa. Vuestros bienes  
En su esplendor antiguo le repongan,

»En vuestros brazos recibid al jóven  
Que os retó denodado. Su persona  
Mirad cual si en sus venas circulara,  
Siendo hijo vuestro, vuestra sangre propia.

»Tomad á vuestro cargo el que abjurando  
Los infernales ritos de Mahoma,  
Reciba el agua santa del bautismo,  
Y que al Criador consagre su alma heróica.

»Hé aquí lo que el Señor de vos exige;  
Hé aquí de un triunfo cierto la corona;  
Hé aquí el ancho camino que va al cielo;  
Hé aquí de salvacion la senda sola.»

En tanto que así hablaba el solitario  
Con celestial fervor, el alma torva  
De Velazquez demonio se convierte,  
Y su pecho volcan. Fiero recobra

Todo el vigor perdido: en un infierno,  
A sus ojos, la ermita se trasforma.  
Álzase furibundo, y dando un grito,  
Que sonó como suena entre las rocas

Duro golpe de mar, «Basta, infelice,  
Si no quieres morir, sella la boca;  
Séllala, infame, dijo al penitente:  
¿Sabes tú con quién hablas?... ¿á quién osas

»La infamia proponer?... ¿y tú eres dueño  
(Maldita mi imprudencia ciega y loca)  
De mis secretos todos?... Don de muerte  
De mi confianza el don será.»—Furiosa

Llevó la diestra al pomo de la daga,  
Y medio fuera de la vaina forma  
Relámpago funesto la cuchilla,  
Reflejando la luz de las antorchas;

Pero tornó á esconderla el iracundo,  
De ella quitó la mano, y, «¿qué me importa  
De tí, extranjero vil? prosiguió altivo:  
Sólo eres digno de desprecio y mofa.

»¿Cómo pude obcecado ni un momento  
Con mi presencia honrar tu humilde choza?  
Abades tiene, príncipes la Iglesia,  
Príncipes, que mis votos y limosnas

»Presentarán al cielo, y sus favores  
Para mí lograrán. Hasta la hora  
En que me has visto, olvida... ¡Desdichado,  
Si aún mi nombre conservas en memoria!!!»

Dice, aparta feroz al ermitaño,  
Corre á la puerta, la celada toma,  
Al campo sale, su caballo busca,  
Le halla al momento, apresurado monta;

Aléjase á galope, se confunde  
De la montaña en las oscuras sombras,  
En la espesura, en las fragosas quiebras,  
Y són de trueno su carrera forma.

Inmole, yerto en medio de la ermita  
Quedó el santo varon: que una espantosa  
Vision de infierno ha sido todo, juzga.  
Mas en sí pronto vuelve, se recobra,

Y su cabeza venerable cubre  
Con el gran capuchon, al pié se arroja  
Del altar, donde el rostro contra el suelo,  
Y en lágrimas deshecho, ardiente implora

De la Virgen santísima, que mire  
Con piedad aquella alma pecadora,  
Que tan perdida al precipicio corre,  
Y que en tales abismos se desploma.

—En tanto Rui-Velazquez el camino  
Sin detenerse despechado toma  
Del monasterio aquel, que está cercano  
De su castillo, y rápido galopa

En busca del Abad, del cual espera,  
Que admitiendo sus votos y limosnas,  
Arranque á su favor del alto cielo  
Segura proteccion, cierta victoria.

Era ya enfermo indómito, que loco  
Huye del docto físico, la sola  
Medicina eficaz para salvarle  
Rehusando, por amarga ó dolorosa;

Y al charlatan empírico se acoge,  
Su confianza le da ciego, y coloca  
Esperanza funesta en la dulzura  
De los venenos y doradas drogas.

El cierzo helado despejado habia  
La atmósfera de nubes; ya la aurora  
Rayaba, y en el último horizonte  
El albor del crepúsculo las sombras

Empezaba á arrollar. Lejanas cumbres,  
Anchas llanuras y peladas rocas  
Borradas entre niebla aparecian;  
Cuerpo tomaban las vecinas lomas,

Y los cercanos bosques, aún envueltos  
En vapor blanquecino, gruesas gotas  
De la pasada lluvia destilaban.  
Retumbaban en torno las sonoras

Campanas del vecino monasterio,  
Que saludan al alba, y que convocan  
A la oracion de la mañana; y vense  
Que, descollando entre la selva, asoman

Dos gigantescas puntiagudas torres,  
Que de cruces de fierro se coronan.  
El réprobo, al mirarlas, animoso  
De su alazan el ímpetu redobla:

Metióse entre los árboles desnudos,  
Y al salir de ellos, á distancia corta  
El soberbio vastísimo edificio  
Tiene á la vista, y se la llena toda.

Varios tristes cipreses verdinegros,  
Gigantes silenciosos que custodian  
La plaza donde se alza la gran mole,  
Ajustos por el aire se remontan,

Y marcan el tranquilo cementerio,  
Donde, en hileras, funerales losas,  
O encierran á los monjes que han vivido,  
O están llamando á los que aún vida gozan.

Ya se descubre la soberbia puerta  
De la iglesia, arco osado que se apoya  
En dos gruesos altísimos pilares,  
Y que con gusto escaso en torno adornan

Escudos, mitras, nichos y trofeos,  
Entre follajes y labores toscas;  
Dejando ver el interior oscuro,  
Y en perspectiva entre sus vagas sombras

Alzarse, cual fantasmas colosales,  
Los enhiestos machones, que soportan  
El pesado cimborio; y al fin de ellos,  
Al través de una verja primorosa;

El dorado retablo se columbra,  
Al trémulo fulgor de las antorchas.  
—Llega Velazquez, pues, las riendas suelta,  
Se ase á las crines, del arzon se arroja;

Y miéntras su alazan ijadeando,  
Por la nariz hinchada se desfoga,  
De humo, de espuma y de sudor cubierto,  
Y lánguido á rascarse cuello y cola

Va al tronco de un ciprés, y de la yerba  
Pace que en torno á los lucillos brota;  
Él traspasa el umbral, y á paso lento  
Entra en la inmensa nave, húmeda y sola,

Sus pasos resonando y sus espuelas  
Del pavimento en las cuadradas losas.  
A la mitad del templo al fin se pára,  
So la eminente bóveda, y se apoya